

Hacia una nueva política de infancia

Chapadmalal, 30 y 31 de marzo de 2011

Programa UDI - Instituto Provincial de la Administración Pública (IPAP)

Conferencia de Graciela Frigerio

Espero sea un momento de intercambio con todos ustedes. Hace muchos años que trabajo en esos lugares donde podríamos decir que se condensan las adversidades de la vida. Ahí donde me parece que todo contribuye para no poder encontrar el sentido de la vida.

Están ahí donde sienten que alguien los trajo, alguien los puso y después nadie se hace cargo, voy a hablar más que nada desde ese lugar, de haber recorrido muchas instituciones llamadas “de encierro” donde no está detenido el pibe, está detenido el tiempo. Una situación donde a los pibes se les termina la posibilidad de pensar la vida.

Las instituciones llamadas “de encierro” lugares siniestros si las hay, donde los pibes allí tienen congelado el tiempo. Las instituciones llamadas de destino.

Lo que les voy a proponer, lo voy a hacer desordenadamente. Pueden interrumpirme todas las veces que quieran porque a veces me puedo poner densa, complicada, perderme en algún paréntesis. Les voy a proponer como una pieza de rompecabezas que no va a tener todas las piezas, y esto un poco a propósito porque pienso que ustedes podrían estar hablando acá tanto como yo estoy hablando, porque es una parte de ese rompecabezas que son las experiencias de cada uno, el trabajo de cada uno los pibes concretos que trabajan en los barrios.

La primera pieza del rompecabezas es lo que tenemos en común, quizás tenemos en común una sincera preocupación. Somos los grandes, quizás podemos decir que tenemos algo de responsabilidad, que sentimos que esos pibes, para decirlo muy concretamente, no nacieron de un repollo, no los trajo la cigüeña, ni nadie los bajó de Internet. Hubo unos grandes que decidieron dar a luz unos pibes.

Ese hecho de haber tomado esa decisión hace que no podamos desentendernos de sus vidas, de sus existencias o darnos excusas. Esto es lo que tenemos en común, esa preocupación.

También tenemos en común la percepción, la intuición, eso que la palabra exclusión nombra con tanta crudeza con tanta crueldad y que a veces se expresa como números. Como si no hubiera detrás de cada número “tanto por ciento de los pibes no va a la escuela y no trabaja, tanto por ciento de los pibes tienen necesidades insatisfechas.” Como si no hubiera detrás un pibe con nombre y apellido, con sufrimiento.

Quizás también tengamos en común el saber que la exclusión no es una obra de la naturaleza, no es una cuestión que viene así y ya está, es el producto de las políticas. No es una cuestión natural, la exclusión de natural no tiene nada.

Cuando digo la exclusión nos lleva a pensar que en mucho tiempo, en muchos lados trabajaron en lo que yo llamaría la división de las vidas, si lo ejemplifico vamos a saber de que hablo. Todos los que trabajan en terreno vieron que uno tiene la división: a veces es la vía del tren, la calle, la avenida, la ruta. Y entonces están los de este lado y los del otro lado de la vía y estas fronteras que a veces son geográficas o materiales, son fronteras que tienen otro registro, son fronteras que dividen la vida de los chicos.

Para así nombrados “los chicos de un lado de la vía” la sociedad les reservó algunas instituciones: la familia, la escuela. Para el otro lado, están los chicos adjetivados.

Muchos adultos mezquinos la única idea que tuvieron para ofrecerles es la carátula, de eso que parece ya un precipicio que divide las vías.

Para los chicos adjetivados, los chicos pobres, los chicos pobrecitos y para esos chicos adjetivados como dice Rubén Lo Vuolo: lo que suele ocurrir “cuando una adjetiva al otro, lo que uno hace con el otro depende del adjetivo”. Es decir para un chico excluido se hacen cosas marginales. Para un chico pobre se hacen cosas pobres, es decir, la acción se calza sobre el adjetivo.

A mi me parece que hay muchas iniciativas que intentan dejar de trabajar en la profundización de la división de las vidas. Es decir debería haber solo chicos, no mas chicos adjetivados.

Cómo hacer para trabajar en ese sentido, quizás pensando dos cuestiones, una cuestión tiene que ver con que las identidades, eso que cada pibe diga yo, Juan, Pedro no importa la identidad, no es una cuestión cristalizada y dada de una vez y para siempre. Todo el tiempo está siendo discutida, como nuestro mundo interno todo el tiempo está como acomodándose.

Entonces me gustaría hablar un poquito de algo que sería otra pieza del rompecabezas, sobre la construcción de identidades, porque vamos a decirlo así algunos teóricos dicen que ocurre lo siguiente, y quizás todos podamos recordar algo de nuestra propia trayectoria, que coincida con esto: cuando nace un niño el niño no lo puede decir, pero hay algo que le sucede a todos los niños cuando nacen, tienen un miedo terrible. Porque el tiempo que estuvieron en la panza flotaban, no se daban cuenta de que había fuerza de gravedad, pero cuando salen sienten la fuerza de gravedad. Es algo que le da al niño la sensación de que por primera vez puede caer.

Por eso, la primera expectativa que tiene un niño es que alguien lo abaraje, que alguien lo sostenga, esto tiene un nombre teórico muy pomposo. Alguien que lo atrape, que le impida que caiga, algo que lo ponga al pibe a salvo del miedo y eso no puede ser otra cosa que un adulto. **Para que un pibe pueda crecer necesita que un adulto lo abaraje.** El modo en que un adulto lo abaraja no da igual. Hay maneras como el apretujamiento, y uno tiene pibes acogotados por los adultos, pibes que no pueden respirar atrapados allí; sí lo abaraja pero lo abaraja para el cuerno.

La única manera en la que el niño puede crecer es que pueda confiar en un adulto que lo abaraje. Ese primer abarajamiento es el del cuerpo, son los brazos, los brazos que reciben.

Después ese abarajamiento ya no necesita del cuerpo: es el hablar, es el decir, es el escuchar, es el acompañar, es el reconocer que allí hay otro. Me detengo en el reconocer, porque parte de la exclusión que los pibes sufren es que carecen de reconocimiento. Solamente cuando alguien no ve ahí a otro, a un pibe, uno puede comprender que a los pibes les falten ciertas cosas, cuando los pibes se mueren por que no hay remedio para enfermedades que son curables. Cómo se explica cuando los pibes tienen que sacar comida de la basura, cuando uno piensa que un pibe puede vivir de los restos que los incluidos dejan en la puerta de sus casas, es simplemente que quien deja que eso pase piensa que ahí no hay un niño, que ahí no hay nadie. Y esto es falta de reconocimiento y tiene un nombre muy pomposo se llaman políticas de-subjetivantes, pero lo concreto es que no se ve que hay alguien allí donde hay alguien.

Un pibe para crecer necesita ser reconocido y dicen algunos que un pibe para poder querer conocer necesita primero contar con el reconocimiento de los grandes.

Pero estamos en el abarajar en el gesto de abarajar y decimos no es lo mismo cómo se abaraja. A veces hace que el niño quede preso del modo de los grandes, de la fantasía de los grandes, si nuestro abrazo no alcanza el pibe va a seguir sintiendo miedo, es un arte saber abarajar al otro.

Nuestros trabajos – vieron que a veces no sabemos cómo nombrarlos, ¿de qué trabajas vos, cómo se llama? porque una puede trabajar de trabajadora social, educadora, psicóloga, animador sociocultural, tallerista, y cuando a uno le preguntan dice: “mira yo hago tantas otras cosas.”

Y yo les voy a decir, a veces es más que ejercer un oficio, lo que nosotros/ lo que ustedes hacen, es una manera de entender la vida, a veces lo que hago no me entra en el nombre, porque tenemos viejas palabras para nuevos oficios, por que tenemos otras exigencias.

Lo que ustedes hacen es una manera de entender la vida, de enfrentar la vida porque nuestros oficios expresan una manera de vivir y una manera de desear que el otro pueda vivir: desear que el otro pueda vivir, hacer su vida, estar de pie. Hace falta que nosotros podamos poner en juego un nuevo abarajamiento porque los abarajamientos en estos tiempos están recontra complicados ahí donde antes parecían, no sé si lo fueron, pero parecían mas simples.

A continuación una participante interrumpe con una pregunta, Graciela agradece la intervención y dice que justo estaba por abordar el tema familia, porque ustedes saben que por mucho tiempo se nos metió en la cabeza, en los libros de texto, en el discurso que había “la familia” que para poder reconocerse como familia tenía que tener cierta forma , cierto tipo clase social, cierto lugar para los hombres, cierto lugar para las mujeres, ahora eso hoy día está totalmente conmovido sacudido yo diría como si hubiera pasado una especie de tsunami, por lo menos muchos de los pibes con los que yo trabajo si les pregunto por su familia, y si pienso en la familia tradicional me diría que no la tiene, pero yo diría que lo que necesito hacer es pensar que hay otro tipo de familia, entonces qué voy a entender por familia . Por familia voy a entender un conjunto de lazos, de vínculos, de recepciones, lo suficientemente amorosa y estable que le permita al otro ponerse de pie. Y no importa si es la madre biológica, la vecina de enfrente, la madre del amiguito. Tenemos pibes criados por las abuelas, tenemos pibes

criados por las vecinas, por su hermano mayor, y que pasa si nosotros mantenemos una cierta noción de familia entramos en una suerte de prejuicio.

No se si ustedes escuchan esto, pero yo muchas veces escucho esto: fulanito.... ¡ya se sabe! ¿Cómo ya se sabe? y...viste la madre que tiene y el padre ni aparece; viste dónde vive, viste cómo viene, viste cómo lo traen, y ya se sabe. El que dice que ya sabe todo del pibe ese pibe está frito, porque primero que no es cierto lo que ya se sabe, lo que ya se sabe es como una pantalla, imagínense que yo me ponga acá atrás y ustedes dijeran todo lo que saben de Graciela. Cuando terminaron de poner todo eso, pongan por otro lado: lo que piensan de ciertos pibes, ya se sabe que no tuvo estimulación temprana, ya se sabe que no comió cuando tenía que comer y cuando terminan de poner todo eso y cuando uno se dirige al pibe a partir de lo que uno pone del “ya sabe”, uno se vuelve cómplice del cumplimiento de la profecía del fracaso. **Porque para esos pibes para “los que se sabe todo” a esos pibes no se les ofrece nada.** Entonces de qué trabajamos, de discutir la profecía del fracaso, en qué consiste **nuestro trabajo en decir que no vamos a ser cómplices del “ya se sabe”, esto quiere decir que vamos a permitir que cada pibe nos diga qué quiere, qué puede, en qué modo, contradiciendo las profecías del fracaso.**

Se acuerdan ese cuento que nos contaban cuando éramos pequeñas, que se nos decía que había nacido una niña, que venían todas las hadas que nos decían que la vida iba a ser maravillosa, pero luego venía un hada resentida que decía que se iba a morir, que la iba a pasar mal. Bueno, para algunos pibes es como si el lugar donde nacieron se iba a transformar en una condena, es como si las hadas resentidas hubieran depositado todas las profecías del fracaso: ya vas a ver, no vas a poder ir a la escuela porque te va a ir mal. Ya vas a ver, no vas a conseguir trabajo, porque no se que el origen del pibe es algo que el pibe no eligió y de lo que nunca debe renegar. Insisto nunca debe renegar de su origen pero nuestro oficio consiste en decir que el origen nunca se va a transformar en una condena, no tiene que cumplir la profecía del fracaso. Quiere hacer su vida, su vida de otro modo.

Entonces de qué trabajamos nosotros. Yo diría que trabajamos y lo digo teóricamente, matemáticamente y claramente **trabajamos en “más de uno de la oferta identitaria.”** Cuando nacemos, qué quiere decir esto, si nosotros pensamos que la identidad no es algo que viene con el nacimiento, cuando nosotros nacemos son como extranjeros: los que son padres acá, tíos, abuelos saben que cuando nace un recién nacido estamos todos felices y todo pasó bien y después lo miramos desesperados porque no lo entendemos, nos preguntamos por qué llora, entonces le adjudicamos que llora por que tiene hambre, porque está mojado, llora por que le duele la panza. Es decir uno le va prestando cosas el otro, llega no habla, hasta que no le damos las palabras. No nos puede decir nada, el otro llega y nos es verdaderamente un extranjero y qué hacemos con ese extranjero inquietante: inmediatamente lo vestimos; pero no solo con ropita, lo vestimos con rasgos (...). Viste como llora, va a salir con el rasgo podrido de Pepe, ya se ve desde chiquito. Algo, un poco loco, los chicos todavía no son pero que se pueden volver, si solo le prestamos esto que teóricamente se llama prestar “rasgos de identidad”.

Las teorías dicen que los adultos son prestadores de identidad. Un chico necesita muchos adultos que les ofrezcan rasgos, una manera de entender, una manera de interesarse, de escuchar, una manera de querer saber, de mirar, una

manera de jugar, una manera de ser solidario, una manera de preocuparse por los otros. Entonces uno le va prestando esto y el pibe con todo esto va recomponiendo. Dicen que para que uno pueda decir “yo” necesitamos muchísimos prestadores de identidad.

Los que teóricamente estudian esto dicen que los primeros prestadores de identidad, (se van a sorprender) son antepasados nuestros, son aquellas cosas que uno catapulta sobre las nuevas generaciones para decir “uno de los nuestros” esto viene de tiempos inmemoriales una oferta pobre importante pero pobre.

Después está la oferta identitaria que hacen los genitores. No estoy diciendo los biológicos, estoy diciendo los que abarajaron, los que estuvieron ahí, con independencia de su identidad sexual. Pero dicen los teóricos, que **los adultos de estos tiempos están recontra complicados y un poco mezquinos para prestar rasgos de identidad, porque les cuesta ser adultos, envidian a los pibes quieren ser jóvenes permanentes, les molesta que pase el tiempo y volverse grandes y esto los descoloca como grandes para los chicos.** Y un chico para poder crecer necesita un grande, un chico no puede pensar que no tiene un grande, unos grandes ahí. Entonces miren si nos quedamos con nuestros antepasados muertos todo bien, pero somos clones de fantasmas, los genitores los progenitores.

Los primeros abarajadores están complicados con sus vidas, tuvieron historias terribles -los comprendemos- pero para los chicos es una calamidad. Saben que dicen los teóricos en quienes los pibes confían para que los saquen del apuro en “nuestros oficios sin nombre”; es decir, ellos esperan que unos grandes entiendan algo respecto a los que les pasa, que unos grandes los reconozcan, que unos grandes se dirijan a ellos, que unos grandes los respeten y que unos grandes colaboren en evitar esta división de la vida para poder ser otra cosa que la condena que el origen supuestamente los designó.

Nosotros somos teóricamente prestadores de identidad. Cuando digo teóricamente lo digo con una sonrisa porque sabemos cuántas cosas los pibes reacomodan de su vida en función de nuestras intervenciones. Cuántas veces les habrán dicho “mira lo hago por vos,” “mira si me lo pide otro, no.” Que nos estas diciendo los pibes ahí que pasamos a ser importantes en su composición identitaria, que hay algo de nuestros modos de pararnos ante la vida que les parecen interesantes de ser tomados. No serán nuestros clones felizmente, no serán los calcados, no queremos esto pero tendrán lo que hagan de lo que nosotros les damos.

Entonces podríamos decir, para cerrar este pedacito de pieza de las identidades, que una identidad no es el código genético con lo que uno llega, son los encuentros que uno tiene y que la identidad está permanentemente haciéndose desde el primer día hasta que morimos. Y esto nos lleva a una pregunta: qué pasa con los pibes en los cuales se detiene la construcción identitaria, a saber “Este es villero, punto”, “Este es pobrecito, punto.” No hay posibilidad de trabajo identitario. ¿Y qué hace un adulto que cierra el trabajo identitario? Construye una identidad atrincherada, defensiva.

No tendríamos que sorprendernos de ciertas reacciones que los grandes trabajan en que se cristalizan las identidades porque un chico, un joven tiene que

discutir eso, tiene que salir a discutir eso y para discutir también necesita un grande.

El tiempo de la adolescencia, que es un tiempo de acomodación identitaria, es un tiempo que se expresa por estar contra (en los dos sentidos de estar contra). Por ejemplo, yo puede decir que yo estoy contra del pizarrón, que quiero decir con esto que tengo en el pizarrón un apoyo, porque tengo un apoyo, estoy en contra de.

El pibe para poder crecer necesita poder estar en contra en los dos sentidos: un punto de apoyo que le permita enfrentar el mundo. De eso trabajamos muchos adultos de intentar ser ese punto de apoyo. Es un laburo maravilloso que exige mucha generosidad, mucha disponibilidad, yo diría también mucha renuncia a que el otro sea exactamente igual que uno.

Hay una filósofa, Anna Harendt que tuvo persecuciones, exilio todo eso, una mujer que no tuvo hijos, pero ella quería decir que uno podría juzgar las cualidades de una sociedad según la posición que adopte frente a las nuevas generaciones. Ella dice que los adultos somos seres medio chiflados, le pedimos a los nuevos dos cosas contradictorias. Llegan y les decimos: vos que venís con entusiasmo, mira el mundo anda horrible, anda muy descalabrado, re-mal, confío en que vos que sos nuevo lo cambies. Y apenas los pibes intentan cambiar el mundo los grandes empiezan a gritar: ¡No por favor, no lo cambies! Porque si lo cambias yo voy a estar totalmente perdido y no lo voy a poder soportar.

Ella dice el amor de los grandes a los chicos se expresa en la posibilidad que uno tiene que dejarles que cambien. Y para dejar que los otros cambien hace falta que los grandes sean generosos, porque hace falta poder admitir que el otro controlara sus modos de actuar, sus modos de hacer, sus modos de vivir, sus modos de pensar, sus modos de asociarse, sus modos de aprender, esto en lo que hace a la cuestión de la identidad.

Quiero volver a una cuestión que tiene que ver con que nuestro trabajo se lleva a cabo en unos lugares que ofrecen para los pibes, o desearía que ofrezcan, un espacio distinto dentro del espacio de la vida cotidiana. Un lugar que deja de ser el mismo lugar de todo el tiempo.

No es que sea maravilloso sino que ahí hay otras relaciones posibles y en consecuencia las organizaciones ofrecen un lugar y un tiempo dentro del tiempo un tiempo no detenido, no cristalizado, un tiempo no preso, un tiempo de poder pensar que existen otros ahí, que los ponga al abrigo de la intemperie. No porque haya paredes.

Para que algo funcione ahí el adulto tiene que pararse de cierto modo, tiene que sostener una cierta presencia, pero no cualquier presencia una presencia consistente, que el otro sienta, que puede contar con uno, apoyarse en uno, que pueda discutir con uno también, y para que pueda tener sentido estar ahí para que no se vuelva monótono, aburrido, o que comparta el desencanto de otras instituciones hay que sostener ahí la oferta de algo valioso y significativo. No solo para los chicos para los grandes, si lo que el grande vuelve disponible para el otro el grande lo descalifica el chico nunca podrá valorarlo, lo que hay que poner ahí es polenta, pasión, convicción.

Cuando hay división de la vida las ofertas también se dividen. Para unos pibes ciencia, escuela, tecnología, proyecto de vida. Para otros, algo para

rebuscársela. Cuando uno hace esa división colabora en la división de las vidas. Si uno quiere la igualdad de las infancias y las adolescencias la oferta tiene que ser igual para todos. La misma oferta no puede ser una oferta calificada y descalificada: a los pobrecitos hay que darles lo de los pobrecitos, hay que ser pobre en la oferta. No, hay que ser generoso en la oferta, tiene que tener acceso y derecho a la misma oferta.

Sabemos que las escuelas la vienen pasando mal, que vienen muy vapuleadas, castigadas que en muchos casos con mucha razón y en otros casos hay que reconocer que así como hay organizaciones que ofrecen otras alternativas también hay escuelas que ofrecen otras alternativas.

También hay maestros que trabajan por la emancipación de los pibes, también hay profesores que se niegan a ser cómplices de la profecía del fracaso. Dejando los pibes afuera uno y otra vez esta mezclado pero lo cierto es que la escuela y los adolescentes sufren de la falta de imaginación de los maestros. Hace mucho tiempo que la escuela para los adolescentes y los jóvenes no ha sido reconsiderada. Hace mucho que ahí lo que se ofrece no está significado, no hay gestos de reconocimiento para los pibes. Mucha cosa ahí que trabaja a favor de la inclusión es un resto.

Cuando se creó la escuela secundaria no se creó para todos. No se quería que fuera para todos, quería que se marcara los que si podían ir de los que no podían entrar. Parece increíble que no podamos superar eso, pero todavía esa vieja historia trabaja en las escuelas. Es una cosa como que se hubiera impregnado en los muros.

Para que la educación sea un derecho las escuelas tienen, y esto significa los grandes tenemos, que ponerlos a pensar otras cosas, atender a otros criterios y hacer una reparación histórica excesivamente demorada a nuestro gusto. En este sentido, a mí me parece muy bien lo que dice Claudia (Bernazza) las organizaciones no compiten con la escuela no reemplazan a la escuela. Y esto nos lleva a pensar que algo se pueda reacomodar en las ganas de los pibes, de tener otras relaciones, otras relaciones entre ellos, otras relaciones con el conocimiento, otras relaciones con la ley, y no porque haya que ser obediente de leyes injustas, sino porque hay leyes que si no se cumplen no existe lo humano.

Una participante hace una pregunta: Hay una tremenda realidad que a veces no hay vacantes en las escuelas.

Graciela: Hay miles de cosas pendientes, podría haber mil vacantes, podrían volver, y a menos que cambie el estilo de relación en las escuelas van a quedar afuera de nuevo. Esto que vos decís por supuesto que hay que resolverlo.

No podés decir que los querés tener adentro, si no le diste un banquito y hacer lo necesario para demostrarle que el es un chico que no es para la escuela. Ustedes escucharon decir que la escuela no es para mí. ¿Qué es no es para mí? Es como que naturalizaron, se creyeron que no tienen cabeza. Fíjense que cosa ridícula.

¿Los pibes con los que ustedes trabajan hacen música? Bueno la música es una expresión de las matemáticas. Entonces ustedes tienen pibes que hacen música

vida y fracasan en matemáticas. Algo los grandes estamos haciendo mal. Es obvio que uno no puede decir que el otro tiene derecho a la educación, si uno no le dio lugar.

Para que se quede en ese lugar, para que en ese lugar pueda pasar algo, ahí adentro tenemos que cambiar. En ese sentido, no les toca a ustedes cambiar lo que está adentro, pero sí les toca a ustedes darle a cada pibe durante un rato, durante un instante, porque vieron a veces son un instante lo que les cambia la vida. Creo que así como en el día cuando alguien te saludó de un modo en la mañana y gracias a eso puedo decir hoy tuve un día distinto, gracias a que alguien me saludó, me miró, me dijo.

Hay cosas que se juegan en los pequeños gestos, los pequeños gestos que tienen muchísima significación y es en las organizaciones donde los gestos se pueden poner disponibles. Los gestos son un modo de respetar, un modo de mirar, un modo de ofrecer, de levantar todas las etiquetas que durante tantos años políticas sin ciencias pusieron sobre los pibes

Resulta tan fácil poner carátulas y sabemos que abundan y por eso los pibes hoy están considerados peligrosos, por eso los pibes hoy están medicados. Nos duele que sean adictos pero le ponen camisas químicas a los pibes para tranquilizarlos, los pibes están “psicopatologizados,” se los considera enfermos, se los considera delinquentes potenciales por delito de juventud. Delito de irrumpir en el mundo, pedir un lugar y pedirnos cuentas.

Yo creo que hoy lo que está pasando en algunos lugares es que los pibes en los modos de estar presente es como si nos estuviesen pidiendo: haber explícame un poco, cómo puede ser. Y me parece que nuestra respuesta no es tanto una respuesta discursiva, sino es otra presencia, otra oferta, una alternativa, un reconocimiento, la habilitación de la oportunidad y la confianza de que los pibes tienen cabeza. Cuando tiene una sociedad que desprecia de la cabeza del otro, que piensa que la inteligencia se puede repartir como si fuera plata y que piensa entonces que las inteligencias no son iguales. Crea una situación social que inhibe, obstaculiza o impide la emancipación del otro.

Y la emancipación no está dada por un contenido verbal, ni un contenido científico. Yo puedo estudiar quinientos años la constitución y haber tenido muchos golpes de estado que la pasaron por arriba y la podríamos recitar todos de memoria. La emancipación no está en el contenido, sino en la relación que establecemos con el hoy. En ese sentido, el trabajo de las organizaciones es el trabajo de venir a actualizar y reparar lo que es la acción de barajar, es darles a los pibes la convicción que no lo dejaremos caer.

Una participante pregunta respecto de las condiciones materiales.

Graciela: Las condiciones materiales no me pueden ser indiferentes. Pero las condiciones materiales en las que viven, no se pueden volver una excusa para darles una oferta miserable.

Hay que cambiar las condiciones materiales, sin duda, pero no podemos decir, mira hasta que no cambien las condiciones materiales, porque en el medio se le juega al pibe la vida. Entonces las condiciones materiales obvio que hay que trabajar para que sean otras. No podemos esperar a tener otras para empezar a trabajar, es con lo que tenemos que hay que hacer algo, y esto no quiere decir

de ninguna manera que haya que bajar los brazos a las reivindicaciones que haya que sostener.

No se si todos ustedes han tenido que bancarse un curso de pedagogía, pero los que nos bancamos un curso de pedagogía, como hice yo, sabíamos que al principio la educación no tenía escuela, se hacía caminando. No había aulas, no había pizarrón, no había libros, era un grande que caminaba con un chico. Y dialogaba con él, haciendo camino. Por supuesto que queremos aulas, aire acondicionado, o todo lo que ustedes quieran, pero si no hay un grande haciendo camino podemos tener edificios y no pasa nada.

Podemos sostener simultáneamente, hace falta la condición material y a la vez no excusarnos, no desentendernos porque no la tenemos aun. Con condición material sin adulto no habrá cambio, puede que algunos adultos logren cambiar las condiciones materiales, pero mientras no hayan abierto la posibilidad de que los pibes estén habilitados a un futuro distinto. Que tengan un futuro no un destino, que tengan un porvenir.

Una participante pregunta respecto del acompañamiento que brinda la familia a la institución escolar.

Graciela: A lo mejor en otro contexto, en esta situación, uno podría decir otra cosa. Pero uno puede decir la escuela tiene sentido si hace cosas que la familia no hace, si la familia hiciera todo lo que decimos que la escuela tiene que hacer, por supuesto no haría falta la escuela.

Por supuesto es muy distinta la historia si la familia tiene una voluntad, unas ganas, un deseo de expectativa de que el pibe vaya a la escuela, y que le vaya bien, no es indiferente. Pero lo que no podemos hacer es culpar a la familia de lo que le pasa a la escuela, ahí hay una operación de desajuste. Es decir, bueno como tiene tal familia al pibe no le puede ir bien, como la madre no lo atiende ya se sabe va a fracasar porque su familia no lo apoya. No, no, la escuela tiene que decir le tiene que ir bien si su familia lo apoya. Pero si no, hay un tiempo de debilidad de las ausencias por momentos de los adultos, de adultos tomados por sus angustias cotidianas encerrados en una historia con poca tramitación.

Entonces podemos alegrarnos si la familia está presente, podemos ayudar a la familia a acercarse, podemos establecer otro diálogo. Hay que buscar otra forma de convocatoria, la escuela tiene que hacer sobretodo ahí donde no hay otros.

El trabajo que ustedes hacen es un trabajo profundamente político, no es un trabajo partidario, no estoy hablando de las fidelidades partidarias, es el trabajo de hacer tejido social, es el trabajo de reconocer al otro, no algo que se pueda resolver con una técnica o con una receta, por eso cada vez frente a cada pibe, a cada grupo, frente a cada actividad, frente cada organización es un trabajo artesanal, político y es un trabajo que exige a la vez un enorme trabajo interior.

El laburo que tienen que hacer cada uno de ustedes con ustedes mismos para estar parados ahí. El laburo interno de bancarse la angustia de saber que van a escuchar algo que los desborda, que cada vez que escuchan de un abuso, de un maltrato, cómo intervengo, qué hago, qué digo, qué pienso, ahí están las leyes.

Está bueno, pero en el caso a caso, vos tenés que resolver qué hiciste con el pibe, con esa mina, entonces es enorme el esfuerzo de reacomodación interior.

Uno tiene que tener saldadas las historias con nuestras propias infancias, por decirlo de alguna manera, y sobre todo con su propia infancia y su propia juventud, porque si no corremos el riesgo de poner en otro lo que no es del otro, lo que nosotros no elaboramos.

Uno no puede pedirle a la generación siguiente que tramite lo que nosotros no supimos tramitar. Entonces me parece que ahí hay un trabajo muy intenso. Y por eso, es un trabajo que requiere a su vez que otro abaraje, otra figura de abarajamiento, que se llama técnicamente el *holding* del *holding*, que sostiene al que sostiene. Ese *holding*, ese abarajamiento de los grandes entre sí, es algo que nos toca hacer, a construir entre los grandes, uno no puede esperar que otro se lo de. Volvernos en apoyo del otro, ponernos en el que cobija, en el que abaraja, el que se vuelve hospitalario, a la angustia del otro, a la inquietud del otro, a la iniciativa del otro.